



COLABORACIONES

CAMBIO LINGÜÍSTICO Y CAMBIO DE LENGUAS

JESUS NEIRA
OVIEDO



El campo de los estudios sobre el lenguaje se ha ido ampliando y profundizando a lo largo de los siglos XIX y XX. La lingüística es hoy una ciencia en plena expansión. Algunos de sus métodos y principios se han aplicado con éxito a otras ciencias humanas. Se habla de lingüística estructural, histórica, generativa, cuantitativa, de sociolingüística o etnolingüística... Todos estos nombres son como un índice de la riqueza de perspectivas desde las cuales se está abordando el estudio del lenguaje. Esto no es sorprendente. El lenguaje es la manifestación más clara de la racionalidad. El nacimiento del *homo sapiens* va unido al del *homo loquens*. Y en la historia de cada ser humano se repite el mismo proceso. El poder hablar, comunicarse con los demás, es haber llegado al grado normal de madurez pensante. Por medio de la palabra, el mundo exterior e interior se ordena: deja de ser un caos de sensaciones. Por eso, el verbo, la palabra ha tenido cierto sentido mágico. Poner nombre a las cosas era como poseerlas, dominarlas. El lenguaje es, además, como veremos, un fino radar que recoge las modulaciones de la vida afectiva o intelectual del individuo o grupo social.

Aunque la constitución de la lingüística como ciencia autónoma es reciente, las reflexiones sobre el lenguaje son muy antiguas. Ha sido un tema permanente de meditación para el filósofo, porque poner en claro la esencia del hombre exigía el conocimiento en profundidad de la naturaleza de su lengua. Y algunas cuestiones debatidas en la época de los griegos, como el carácter arbitrario o motivado del signo lingüístico, siguen aún discutiéndose. Y junto a estas investigaciones teóricas hubo otras de carácter práctico, como la descripción de sistemas lingüísticos, para acelerar el conocimiento de idiomas extraños o para interpretar textos literarios de épocas remotas.

Pero la meditación en torno a la lengua no es exclusiva del filósofo o del lingüista: Todo hablante, por el hecho de serlo, tiene conciencia de la lengua y del modo que ésta tiene de realizarse tanto en él mismo como en los otros. Aprender un idioma no consiste sólo en manejar un mecanismo; es darse cuenta al mismo tiempo de su variadísimo modo de funcionar. La reflexión sobre el lenguaje aparece en el niño desde el momento que comienza a hablar. Gracias a ella, va quemando etapas en su avance hacia la norma de los adultos. Se suceden en unos pocos años una serie de prelenguas de vida efímera, pero que son los pasos ineludibles para el pleno dominio del lenguaje. Esta función metalingüística tiene en el período infantil su máxima actividad, como ha señalado Jakobson; pero, aunque disminuida y con menor repercusión sobre nuestro modo de hablar, acompañará al individuo a lo largo de su existencia. Por eso nos damos cuenta si nuestro modo de expresarnos o el de los demás ha sido correcto, oscuro, claro, vacilante, inapropiado, incoherente, vulgar, refinado, pedante, absurdo, trivial, agudo... Percibimos la novedad de algunas palabras o la rareza de otras. Hay maneras de hablar individuales o colectivas que nos parecen superiores a otras. Y esto sucede lo mismo en el fónico que en lo gramatical o en lo semántico. Los ejemplos son innumerables y cada cual puede imaginarlos acudiendo a su propia experiencia. Todos llevamos dentro un gramático, aunque las teorías de unos, presentes en nuestros usos, no coincidan con las de otros.

Podemos decir que de esta reflexión espontánea del hablante nace la ciencia lingüística. Todos los que hablamos somos en cierta medida lingüistas, aunque en grado de profundidad muy diverso. por otra parte, el recurso a la conciencia de los hablantes es considerado a veces por los lingüistas profesionales como el único medio para salir

de un callejón sin salida, de unas discusiones estériles. El investigador, bajo la atracción de una idea o de un sentimiento, puede ofuscarse. Y esta obsesión puede conducirle a negar lo evidente. Puede ocurrirle algo parecido a lo del jugador de ajedrez que en la búsqueda del jaque mate, termina exclamando: Pero, ¿cuáles son las mías, las blancas o las negras?. El sentimiento del hablante es básico para definir lo gramatical de lo agramatical. Una construcción está bien hecha cuando no disuena, cuando es lo que se dice habitualmente.

Esta intuición primaria es en este campo como una manifestación del sentido común. Y como él, pertenece a todos, y es el punto de partida para toda investigación incluida la científica. Pero el sentido común no nos lleva al conocimiento de la naturaleza del lenguaje como no ha llevado al descubrimiento del microcosmos del átomo o al de la rotación y traslación de la Tierra en torno al Sol. La ciencia está más allá del sentido común e incluso, en ocasiones, en contradicción con él. Por eso resulta vano el empeño de vulgarizar la Ciencia. La vulgarización es con frecuencia trivialización. El saber científico es como una alta montaña a la que sólo se llega tras un esfuerzo de ascensión individual.

El lenguaje, suele decirse, es una herencia social, no biológica. El niño habla porque oye hablar. Pero existen unas condiciones innatas de naturaleza psico-físicas que hacen esto posible. De un lado, la capacidad discursiva y probablemente en relación con ella ciertas particularidades en la constitución de la masa cerebral. Esto es la razón básica del por qué los animales superiores, aunque dotados de órganos que pudieran ser los órganos de las palabras, no puedan adquirir el lenguaje humano.

Se ha discutido mucho en torno al origen del lenguaje y también sobre las relaciones de éste con el pensamiento. Es inútil el esfuerzo mental que podamos hacer si apuntamos a un lugar que nuestra vista no alcanza: en la llamada noche de los tiempos. Nuestras disquisiciones entonces son puras imaginaciones, pertenecen al mundo de la ciencia ficción. Pero, como dice Malmberg, el lenguaje está naciendo de modo incesante en cada ser humano. Es posible seguir esta marcha en el niño, en el adulto, y también el proceso inverso: la modificación de la lengua adquirida, e incluso su desintegración a nivel individual o de grupo. Fueron las condiciones innatas psico-físicas las que en un momento de la evolución biológica hicieron posible el lenguaje. Y son estos mismos condicionamientos, repetidos en los seres humanos que nacen los que les permiten heredar el lenguaje ya creado. Gracias al lenguaje, perfeccionado por aportaciones sucesivas, pudo el pensamiento humano crear un mundo nuevo sobre la faz de la tierra: la noosfera en palabras de T. de Chardin.

Ahora bien, lengua humana significa en realidad conjunto de lenguas, de idiomas distintos. Y cada uno está compuesto de dialectos de tipo social o geográfico. En cualquier momento histórico que se considere, la situación ha sido la misma: un número prácticamente infinito de variedades lingüísticas. Pero con la particularidad de que el panorama en concreto, la clase de idiomas y su distribución no ha cesado de alterarse en el transcurso de los siglos. Todas las lenguas hoy habladas comenzaron por no existir. Y sabemos por el testimonio de textos o de

inscripciones que muchas lenguas han desaparecido del uso, o que, si se emplean, no dejan por ello de ser lenguas muertas, como ha sucedido al latín en la época moderna.

Externamente, en visión conjunta, la situación ha sido siempre ésta: poliglotismo, confusión de lenguas, Torre de Babel. El lenguaje es el más refinado medio de comunicación y de autoexpresión, producto del pensamiento racional. Pero con la pluralidad de lenguas esta delicada construcción de nada sirve. Ante las gentes que hablan otro idioma, quedamos sordos y mudos, aislados de ellos. Y nos vemos obligados de momento a recurrir a los medios primitivos de comunicación que subyacen en nosotros, a la fase prelingüística. Ante esta situación, las reacciones de los hablantes son varias. En primer lugar considerar que su lengua es la natural, la verdadera, la única que llama al pan pan y al vino vino. En las demás, no se habla, se ladra, como decía una vez un emigrante respecto al alemán. Y tenía sus razones: lo que oía era un caos de sonidos, no era capaz de deslindar las unidades lingüísticas y asociar la expresión con el contenido. Aquello, efectivamente, para él no era lengua. Sólo lo era la suya, porque sólo en ella se producía automáticamente la asociación de palabra y concepto, como en la cara y cruz de una moneda.

También en estos casos surge el deseo vago: ¿por qué no hablaremos todos la misma lengua?. De este anhelo, ha salido el esperanto, el sueño utópico de un idioma universal.

Y también la explicación mítica, nacida de un vago sentimiento de culpabilidad ante las grandes desgracias. La confusión de lenguas no es lo natural, fue un castigo ante la soberbia humana, que pretendía llegar al cielo y dejar de sí memoria eterna.

«Bajó Yahvéh a ver la ciudad y la torre que habían edificado los humanos, y dijo Yahvéh: «He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje, y éste es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible. Ea, pues, bajemos, y una vez allí confundamos su lenguaje, de modo que no entienda cada cual el de su prójimo». Y desde aquel punto los desperdigó Yahvéh por toda la haz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por eso se la llamó Babel; porque allí embrolló Yahvéh el lenguaje de todo el mundo, y desde allí los desperdigó Yahvéh por toda la haz de la tierra».

Génesis, 11 (5-9).

Transcurrieron muchos siglos antes de que se iniciase una explicación racional del poliglotismo. Aún en el siglo XVII español y por grandes humanistas, se defendían puntos de vista que hoy nos parecen absurdos. El gramático Jiménez Patón rechazaba enérgicamente, a pesar de todas las apariencias en contra, que el español procediese del latín. Según él, era una de las 72 lenguas de la Torre de Babel. Y si estaba emparentado con algunas, era con el hebreo, que había sido la lengua del Paraíso original. Las concordancias léxicas hispano-latinas tan evidentes se explicaban por la misericordia de Dios, que quiso que las lenguas tuviesen así «alguna entrada y principio de concordancia». El orgullo nacional o nacionalista —la impor-

tancia de los idiomas aumentaba con su antigüedad—había extraviado su mente, en otras ocasiones tan lúcida.

Hasta el siglo XIX, la visión de la lengua había sido fundamentalmente estática, sincrónica. La reflexión se había concentrado en los universales del lenguaje, en la lógica que subyace en las palabras, en la descripción de sistemas lingüísticos, en constatar la variedad idiomática, pero sin dar ni apenas intentar una explicación del por qué esto. Fue en el siglo XIX cuando se descubre que el cambio es inherente al hablar humano; existe un principio dinámico en su misma base que genera su diversidad. Los lingüistas compararon lenguas aparentemente muy alejadas entre sí, y vieron que entra algunas existía un elevado número de semejanzas sistemáticas. Estas no parecían debidas al azar. El parentesco tipológico era indicio de un parentesco genético. Se trataba de lenguas emparentadas, bien porque procedían unas de otras o porque habían salido de un tronco común. El cambio no es ciego. Existen unas leyes de cambio. Se da una regularidad en su desarrollo como en el de un organismo vivo. Al igual que éstos, los idiomas nacen, se desarrollan y mueren, esto es, dejan de hablarse.

Nace así la lingüística histórica, una adquisición para siempre en el dominio de la ciencia. El descubrimiento del cambio no había sido casual. Nunca lo es el hallazgo científico. Hay un conjunto de circunstancias en cada época que favorecen el alumbramiento de las nuevas ideas. El romanticismo había traído el interés por las culturas exóticas. Todo lo humano tiene valor, no sólo lo modélico o clásico. De la comparación y estudio de todas las lenguas, no sólo una o la lengua general, vendrían los descubrimientos posteriores. Por otra parte, las ideas transformistas estaban en el ambiente. Las especies también había evolucionado. El proceso evolutivo se advertía en todo el universo. Hasta las rocas tienen su historia.

El éxito que significó la aplicación del método histórico a lenguas con una larga tradición escrita condujo a algunos lingüistas a la pretensión de buscar una cronología general de las lenguas en el pasado y también en el futuro. Este intento es la llamada gloto cronología. Pero, como ha observado Coseriu, este cuadro cronológico no es posible. No se puede averiguar la antigüedad de las lenguas de las que no tenemos testimonios escritos ni tampoco vaticinar ni aproximadamente el fin de las que hoy viven. Las lenguas se rigen por leyes históricas, no físicas. Los factores que intervienen en el proceso transformativo son múltiples e imprevisibles. Aunque las lenguas forzosamente cambian si se usan, la dirección del cambio no es fatal, como no lo son los hechos humanos del tipo que sean.

Hay que distinguir entre cambio lingüístico y cambio de lenguas. El primero no exige necesariamente el segundo, aunque sí a la inversa. Una lengua puede permanecer como tal a través de siglos, porque hay algo que cambió y algo que perdura. El español de Garcilaso no coincide con el de León Felipe. Pero sentimos a los dos como pertenecientes a la misma lengua. Somos capaces de saber lo que ambos nos dicen a partir de nuestra habla habitual.

¿Cómo se produce el cambio lingüístico y por qué?

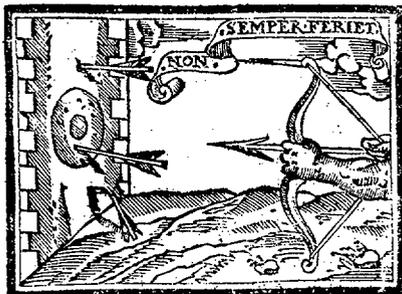
¿Cuándo y en qué condiciones el cambio lingüístico se convierte en cambio de lenguas? Estas preguntas han empezado a encontrar respuesta a partir del siglo XIX. Pero en detalle no todo ha sido aclarado, o no todos están conformes en las explicaciones dadas. Las tendencias posteriores al historicismo han ido repercutiendo favorablemente para descifrar los enigmas. Así el estructuralismo ha puesto el énfasis en la descripción coherente. Le interesa la sincronía, no la historia. Pero después vendrá el estructuralismo diacrónico, que es como un historicismo profundamente renovado, que atiende no al cambio aislado, sino al cambio lingüístico en cuanto significa un salto de un sistema o de subsistema a otro. No hay auténtico cambio hasta que esta fase última no se consuma. Así el archicitado cambio de /*é, ó*/ latinas a /*ie, ue*/ en las lenguas centrales de la Península sólo es tal cuando las siete unidades vocálicas del latín occidental se han convertido en cinco. Con la descripción de las distintas sincronías que Alarcos traza magistralmente en su *Fonología* se completa y culmina la explicación básica de Menéndez Pidal en su *Gramática Histórica*.

No disponemos de medios para estudiar el origen del lenguaje en el hombre histórico. Tampoco es posible asistir al cambio de lenguas naturales, a la muerte de una o al nacimiento de otras. Se oye a veces que tal lengua va a morir, si no se aplica un remedio urgente. Pero estas profecías no se cumplen nunca. En el siglo XVIII un escritor se disponía a celebrar las Exequias de la lengua castellana. No hay catástrofes lingüísticas. No las ha habido nunca.

El nacimiento o muerte de lenguas humanas escapa a la observación individual. La comunicación entre los miembros de una comunidad unilingüe nunca se interrumpe para quienes están dentro de ella. Un pueblo puede cambiar radicalmente en unos años de organización política, social y económica. La revolución china, rusa o cubana son ejemplos de nuestros días. Pero estos hechos, por importantes que sean, dejan prácticamente intacto el modo de hablar. Nadie puede desprenderse súbitamente del idioma que aprendió desde la infancia. Perderlo implicaría la pérdida de la personalidad.

Es más: ni aún es posible advertir un cambio lingüístico por reducida que sea la esfera en que actúa. Notamos sí ciertas inestabilidades en puntos determinados del sistema, reflejados en la variedad de realizaciones de tipo fónico, léxico o gramatical. Así en el dominio del español, hay gentes que distinguen bien /*y*/ de /*ll*/, *cayó* de *calló*; para otros, en cambio, las dos palabras suenan igual. Se trata de dos normas que coexisten y que luchan en cierto modo entre sí. No podemos saber cuál será la triunfante. Son posibles avances o retrocesos en una u otra dirección. El testimonio histórico nos muestra la multiseccularidad de los cambios lingüísticos, antes de consolidarse, como ha mostrado M. Pidal.

A pesar de todas estas dificultades, los mecanismos del cambio idiomático y, por consiguiente, el origen de la lengua, es, en cierto modo, observable e incluso ser objeto de experimentación. En cada niño, el lenguaje se crea y destruye rápidamente, es decir, se transforma en el curso de unos años. Y algo semejante sucede cuando las gentes se introducen bruscamente en ambientes lingüísticos extraños. En ambos casos el proceso transformador se



intensifica y puede observarse el salto. Se realiza en pequeño, y de modo veloz lo mismo que a otra escala se ha producido y se está produciendo en cualquier lengua humana y en cualquier época.

En el niño, la adquisición del lenguaje va unida a condiciones físicas e intelectuales. Las deficiencias en uno de estos planos puede repercutir en un lenguaje tardío, imperfecto o nulo.

El lenguaje es, decíamos antes, una herencia social. Pero no tomamos posesión de ella del modo que hacemos con los bienes materiales que nos han dejado nuestros padres. Nos vamos adueñando de ella progresivamente, en la medida en que podemos hacerlo, y, por otro lado, la sometemos a continuas transformaciones. No es posible captar el infinito número de distinciones latentes en el código lingüístico adulto. Se va haciendo una selección, una interpretación de lo que se oye a través del tamiz que permiten nuestros sentidos y nuestra mente. Cada una de estas lenguas infantiles son en cada momento, a pesar de su corta vida, verdaderas lenguas: instrumentos de comunicación y de autoexpresión mediante los cuales el pequeño dice todo lo que tiene que decir, aunque a veces nos veamos negros para entenderle.

En este período, las características básicas del lenguaje natural y de su modo de funcionar y transformarse son bien visibles. No existe un código a priori. Este es deducido del hablar a través de una multiplicidad de situaciones. Se capta primero lo más contrastivo, lo que ofrece oposiciones más nítidas. Y con este minicódigo intuido, inventa, crea, dice lo que no ha oído. Y así del modo que *relojero* es el que arregla los *relojes*, el que recompone su *gato* de juguete será el *gatero*; y por la correspondencia abundante entre sustantivos y verbos en *-ar*, *perchar* será colocar algo en la percha, y *orejar* tirar de las orejas. Esta capacidad creadora no se manifiesta sólo en neologismos morfológicos que permite el sistema, sino en la combinación de palabras para expresar un concepto nuevo para él. Se demuestra que no hay lenguajes pobres. El niño, como el adulto, dice todo lo que quiere, lo que siente o piensa con vocablos oídos o inventados. Así, cuando digo a un niño: «Voy a ver a Emilio», él dice, pues conoce a varios de este nombre, «¿Qué Emilio, el que cura?». Una bella y esperanzadora definición del médico que encantó a mi amigo, el doctor Emilio Rodríguez Vigil. O cuando al levantarse por la mañana y ver la claridad dice: «ya está siendo de día», una expresión perfecta para definir el amanecer. En esta etapa y en estos mismos ejemplos observamos una dialéctica que está latente en la renovación léxica: la palabra o grupo de palabras para designar un concepto nuevo es inicialmente motivado: o posee una

relación natural con el objeto a que alude (*caballo* es el símbolo natural de este animal porque la primera vez que lo vió se le dice: eso es un caballo), o bien la tiene gramatical (*orejar* con *oreja*; y *curar* para médico). En el uso, los signos relativamente motivados se aligeran semánticamente y se tornan símbolos arbitrarios de los conceptos. Esto facilita que nuestro pensamiento avance veloz y como de puntillas sobre las palabras.

A medida que su poder reflexivo aumenta, intuye nuevas distinciones en el sistema adulto, y en consecuencia el suyo se modifica. No se trata propiamente de una destrucción. La antigua expresión queda englobada en la precedente. Así cuando el niño (dos años) dice: Lo *haci mañana*, no hay contradicción temporal entre el verbo y el adverbio. *Mañana* para él es mañana y ayer/hoy, una oposición binaria tiempo presente/no presente. Más tarde este *mañana* se escindirán en dos unidades: ayer/mañana // hoy. De modo paralelo a lo que pasa con las lenguas en las comunidades humanas en el transcurso de los tiempos, no se produce nunca un corte, una incomunicación entre los sucesivos sistemas lingüísticos del infante, aunque externamente y en visión de conjunto sí lo hay.

Cada una de las personas que componen una familia posee un idiolecto, sus especiales peculiaridades fónicas, gramaticales o semánticas, en grados naturalmente muy variables. Ante esta diversidad, el niño va haciendo espontáneamente una selección. Su idiolecto no coincidirá exactamente con ninguno en particular. Y así quedamos sorprendidos al oírle una palabra, un giro que sentimos propio de un determinado miembro de la familia. Y decimos: «esa palabra es tuya» o «mía». O cuando se trata de una voz malsonante, exclamamos: «Bueno, pero ¿dónde oye el niño esas palabras?». Es curioso ver cómo el niño puede captar finamente distinciones gramaticales que la mayoría de los adultos entre quienes vive no hacen. No triunfa necesariamente la mayoría. Un ejemplo. Una niña de seis años y un niño de tres años se expresan en un castellano correcto al distinguir *be venido* de *vine*, *ha comido* de *comió*, a pesar de que entre los adultos sólo uno de los tres componentes lo hace. La complejidad de matices que separa el perfecto del indefinido ha sido intuída por los pequeños de modo perfecto. Su lengua, en este punto, es más correcta que la del ambiente considerado esté numéricamente.

Y junto a lo que el niño va tomando de los demás a medida que capta su sentido, están sus propias innovaciones, que en ocasiones resultan concordar con la norma común y otras se salen de ella, aunque sean posibles dentro del sistema. Formas como *orejar*, *perchar* ya citadas, o *letrado* para referirse a un papel ya escrito, se están ge-

nerando constantemente en las hablas individuales en esta primera fase. Pero si no se entienden, como efectivamente ocurre en la inmensa mayoría de los casos, quedan como marca individual en un período determinado de su evolución lingüística. Esto parece mostrar que las innovaciones que terminan arraigándose en el lenguaje de todos no parten nunca sólo de un individuo, o por lo menos no es posible atestiguarlo. Más bien parecen resultado de innovaciones surgidas simultáneamente y sin relación en varios puntos a la vez. Por esto no es posible fijar ninguna aportación de los grandes escritores al sistema lingüístico que utilizan. Sus neologismos son semejantes a los del niño: una muestra de la posibilidad que deja el sistema; pero no pasan a la lengua, quedan como marca personal. En Quevedo, por ejemplo, estas invenciones léxicas son muy abundantes (*jerigóngora*, *cultedad*, *naricísimo*, *saca-años*). Como ha señalado don Emilio Alarcos García, algunas de estas voces fueron inicialmente incorporadas al Diccionario Académico con la nota de «voz inventada». Pero posteriormente se han suprimido porque —dicen los académicos— «no han llegado a tener uso; no deben considerarse de la lengua castellana, porque nunca han llegado a tener posesión en ella». La lengua, en su uso y en su transformación, es una obra colectiva y anónima.

El desarrollo del lenguaje infantil, al igual que en la marcha de las lenguas humanas, no tiene una dirección única. No va hacia lo fácil ni hacia lo difícil, a lo simple o a lo complicado. Estos conceptos son relativos. En el breve curso de unos años, el niño adquiere distinciones que inicialmente no había percibido. Pero también puede perderlas. Una niña a los dos años, con asombro de su madre yeista y de otros adultos del mismo partido, separaba correctamente *cayó* de *calló*. Pero a los seis años había cambiado de bando. ¿Qué había pasado?. Dos de los adultos no eran yeistas, frente a uno. Triunfó la mayoría. Pero en el ambiente del colegio la primera distinción se borró y nadie se esfuerza, yo el primero, en que la recupere.

Las reflexiones metalingüísticas son forzosamente muy abundantes, dada la movilidad lingüística de este período. Y reflejan la consciencia del proceso evolutivo en todos los planos. Todos los niños comienzan por llamar *papá* a todos los hombres. Más tarde, sin que nadie se esfuerce en decirles nada, saben que *papá* es sólo el suyo. Y cuando oyen a un bebé llamar *papá* a su padre, dicen: «éste no es tu papá»; o cuando la madre dice a su marido: «hijo, ¿qué haces?», ella replica: «no es tu hijo». A la selección del ambiente familiar sucede la del colegio. Las discusiones lingüísticas se inician pronto en la familia. La niña dice de otra: «me chiscó». El purista que todos llevamos dentro hace que alguien diga: «chiscó no existe, es salpicó». Y ella argumenta: «pues en mi colegio esa palabra existe».

El niño, decíamos, no interrumpe su proceso comunicativo aunque pasa por distintas lenguas. Pero tampoco percibe los cambios que en él se ha ido realizando. Y si leemos a una niña de seis años lo que decía a los dos o los tres se ríe, lo encuentra divertido, y con frecuencia pregunta: ¿qué quería decir con eso?. Se reproduce a escala de unos años lo mismo que sucede con las lenguas humanas al cabo de los siglos: el paso de un sistema lingüístico a otro sin que los que estaban dentro pudiesen advertirlo.

En este devenir constante no todo cambia o no cambia al mismo tiempo. Algunas de las primeras palabras del niño perdurarán toda la vida (*papá*, *mamá*, *no...*): otras se detienen en una época, son propias de ella y arcaísmos en la que sigue: el *abú* para *agua* ha pasado a *aba* y finalmente a *agua*; el *oso* ha pasado por la fase de *olo*, y el *bolí-grafo* por *golifo*. Todo como en la renovación léxica de las lenguas. Y además, cada niño, aún en el mismo ambiente, con su vocabulario peculiar y con sus interpretaciones fonéticas o morfológicas. Aquí está la raíz de la diversidad lingüística.

Hay en los idiolectos del ambiente familiar una dinámica, un proceso dialéctico que en lo fundamental es el mismo de toda lengua humana a través de múltiples situaciones. El código implícito en el hablar se va deduciendo de modo especial por cada uno, y a partir de él se habla, bien repitiendo lo oído o inventándolo. La originalidad se manifiesta sobre todo en el vocabulario. Las palabras son también el espejo del alma. Nos estamos definiendo sin pretenderlo en las que decimos o no decimos o en el modo de decirlos. La identidad lingüística no hace falta buscarla. La tenemos aunque no queramos, o pretendamos disimularla o mostrar otra que no poseemos. Pero, junto al moldeamiento a que inevitablemente sometemos la lengua y del que brota nuestra identidad, está permanente una tendencia opuesta. Hablar es comunicarse. Para transmitir nuestros pensamientos tenemos que utilizar el lenguaje de los demás. Sin comprensión mutua no hay lenguaje. Nuestras innovaciones tienen un límite: Si no nos entienden, tenemos que expresarnos de otro modo, utilizar palabras comunes, que no exijan una continua traducción.

Las necesidades de la comunicación tienden a la eliminación de la identidad lingüística, a la nivelación del lenguaje. Por eso en el seno de una familia hay una modalidad común, que no borra los idiolectos. La uniformidad del habla familiar es una consecuencia lógica de la mayor interrelación. Si se hace, se ve, se oye lo mismo, es natural que se hable de modo semejante. Los grados de semejanza son muy variables. Las familias pueden ser muy heterogéneas en cuanto a sus avenencias o desavenencias. Y todo tiene su correlato lingüístico.

Las características ya señaladas de la dialéctica de los idiolectos en el habla familiar se repiten de modo muy similar entre las hablas que integran un dialecto, entre los dialectos que constituyen una lengua o entre lenguas en contacto. Todas estas modalidades lingüísticas implican en su constitución y en su permanente permanencia, la relación entre personas o grupos de personas. Mientras la intercomunicación no se interrumpa, se estará produciendo una nivelación en sus hablas, paralela a la que se origina en su mundo cultural, sin que por ello desaparezcan los rasgos de las unidades de grado inferior que las integran.

Es vano afanarse en deslindar con precisión los conceptos de habla / dialecto / lengua. La separación entre ellos, aunque no formulada explícitamente, se siente por lo general clara. Fijémonos en lengua / dialecto, que es ahora la más discutida, aunque por razones extralingüísticas. Etimológicamente, dialecto es lengua de la conversación. Toda lengua, por las razones expuestas de adaptación a las necesidades del individuo o del grupo, posee modalidades conversacionales o dialectales de tipo geo-

gráfico o social. Todos somos dialectales, todos hablamos nuestra lengua de cierto modo, que puede o no coincidir con la norma considerada como correcta. Es la modalidad que espontáneamente hemos adquirido del medio en que hemos vivido. Este tono dialectal es nuestro sello lingüístico, el que indica a los demás de dónde somos o dónde nos hemos criado. Sólo cuando aprendemos artificialmente una segunda lengua, no tenemos rasgos dialectales dentro de ella, carecemos de rasgos de identidad, no es posible averiguar nuestra procedencia. Y esto ocurre así paradójicamente en la medida que la hablamos mejor. Toda lengua resulta de la suma de dialectos, sin que esta palabra tenga nada de peyorativo. Entre ellos, si las gentes se comunican, se establece un trasvase mutuo, del modo como sucedía entre los idiolectos familiares.

La relación interdialectal está en un equilibrio inestable. Las direcciones concretas que los dialectos pueden tomar son imprevisibles, porque muchos y desconocidos son los factores que pueden intervenir. Básicamente la mecánica interdialectal se manifiesta en la combinación de dos fuerzas de sentido contrario:

- A) La unitaria, exigida por la intercomprensión y que conduce al enriquecimiento y a la nivelación lingüística.
- B) La aisladora, fruto de la adaptación al grupo humano, por reducido que éste sea, y que origina la individualidad lingüística.

En las épocas en que la tendencia unitaria predomina, las variedades dialectales, sin desaparecer, se transforman en las grandes lenguas de cultura. Las experiencias vividas por unos grupos pasan, a través de la lengua, a los otros. Se habla entonces de lenguas ricas en palabras. Ya nos hemos referido antes a esto. Todo dialecto, lengua, habla natural es rico. El hablante puede decir en ella lo que piensa o siente. Naturalmente, no posee palabras para decir lo que no ha pensado ni le preocupa. Como ha observado Amado Alonso en su excelente estudio sobre una particularidad del habla gauchesca, el campesino de la Pampa posee cientos de palabras para referirse al caballo, que es como el alma de su mundo cultural. En cambio, hay un número reducidísimo de vocablos para las infinitas yerbas campestres. Su lenguaje en este aspecto ha hecho una clasificación atendiendo sólo al pasto: a lo útil / inútil, a lo provechoso / dañino. La riqueza de las lenguas de cultura es histórica. Es un producto acumulado por gentes que se han dedicado a actividades diversas, lo mismo materiales que espirituales. Pero este tesoro lexical, acumulado en las páginas de los diccionarios, en principio nos sirve de muy poco. Cada uno tiene el caudal que realmente es capaz de manejar.

En otras ocasiones, las fuerzas unitarias se debilitan en beneficio de las disgregadoras. Los grupos sociales se aíslan o se tornan enemigos. Sus dialectos seguirán el mismo camino. Intercambian dardos, disparos, no palabras. Cada modo de hablar sigue su propio ritmo. Estas situaciones, prolongadas a lo largo de los siglos, hacen que los dialectos de una lengua se hayan convertido en lenguas independientes, en sistemas lingüísticos distintos. La Torre de Babel no se da en la elaboración de una obra común.

Un ejemplo típico de esta doble posibilidad se da en la historia del latín y en la formación de las lenguas románicas. El latín, como el Imperio Romano, nace de un proceso de integración: Hay un primer latín en la nivelación de los dialectos del Lacio, que más tarde continuará en el latín itálico y finalmente en el latín imperial. La progresiva incorporación de hablas muy diversas no perturba la unidad latina, porque había un principio unificador fuerte. Roma era el crisol que fundía los diversos materiales. La lengua latina era unitaria dentro de la variedad. Pero en los últimos siglos del Imperio las fuerzas disgregadoras empiezan a predominar en todos los terrenos: en el político, cultural, económico. La invasión de los germanos en el siglo V no fue causa de la fragmentación del latín. El proceso desintegrador ya se había iniciado mucho antes. Fue éste, precisamente, quien condujo al fin del Imperio. Con esto, el aislamiento entre las antiguas provincias se acentuó. Y de esta incomunicación salieron, después de varios siglos, las lenguas románicas. El latín, como lengua natural, había desaparecido. No se puede decir que había muerto. Ninguna lengua muere del todo. Los hábitos latinos, diversificados y reelaborados, perduran en las lenguas románicas actuales.

La lengua es como un fino radar en el que aparecen los pensamientos, los sentimientos, las formas de vida del individuo o de los grupos humanos reducidos o amplios. Pero su desenvolvimiento no coincide con el de los hechos políticos o económicos. Las grandes transformaciones en estos campos no repercuten acompasadamente en la lengua. Por eso, en general, lengua no coincide con nación, Estado, división administrativa, raza. El ritmo evolutivo de los fenómenos lingüísticos, a todos los niveles, es lento, porque en el porvenir de los idiomas intervienen todos los hablantes sin distinción, aunque de modo anónimo. El destino de las lenguas no se decide en un día más o menos histórico, se está decidiendo todos los días. El plebiscito es cotidiano. No se precisan encuestas. Hablar espontáneamente es votar.

La última fase en el proceso dinámico de la lengua culmina en el contacto entre lenguas. La situación entre gentes de lenguas distintas es semejante a la de los niños antes de haber adquirido el uso de la palabra. Pero con ciertas diferencias. Se trata de adultos que han alcanzado el grado de madurez mental, lo que facilita la captación del mensaje ajeno. Pero la posesión de un molde, que es la lengua materna, lo dificulta. No obstante, la comunicación termina por establecerse de modo semejante a lo que sucede en el habla familiar. El hablante se hace bilingüe. Va manejando poco a poco la lengua segunda. Pero entre ésta y la materna se producen constantes interpretaciones. La materna actúa como sustrato que modifica la recientemente adquirida, y ésta a su vez funciona como un superestrato sobre aquella. Es decir, sustrato y superestrato operan simultáneamente en direcciones opuestas. La observación de los emigrantes españoles en Europa nos muestra los múltiples modos de realizarse estos contactos. Al cabo de varios años de permanencia en Francia, por ejemplo, un emigrante español hablará un castellano afrancesado (*edad anciana* por *edad antigua* o *locomotiva* por *locomotora*) y un francés españolizado.

Situaciones parecidas a éstas se han producido insistentemente a lo largo de la historia, con resultados muy variables en razón a un infinito número de circunstancias,



a las que no podemos ni siquiera aludir. Al cabo de siglos, algunas lenguas pueden desaparecer como tales o sufrir alteraciones importantes. Pero sí conviene decir que la relación no puede simplificarse en el esquema lengua invasora / lengua invadida, lengua de la clase dominante / lengua de la clase dominada. Hay pueblos invasores, pero no lenguas invasoras. Cuando dos lenguas entran en contacto se produce entre ellas a la larga una interpenetración. Triunfa la palabra o giro que la mayoría juzga más adecuado, independientemente de si pertenece a éste u otro sistema lingüístico. El hablante busca la expresividad, no la identidad lingüística. Esta viene dada por añadidura. Y si tiene que andar en su búsqueda, malo. No conoce la que llama su lengua. El latín no se impuso por fuerza a las gentes de Hispania. A los romanos les tenía sin cuidado implanta su idioma. Lo que buscaban era una base frente a Cartago y luego la explotación de las riquezas del suelo y subsuelo. La lengua se extendió indirectamente, tras siglos de bilingüismo, porque los hispanos vieron en ella un instrumento útil para una comunicación más amplia. Este latín no era exactamente el traído por los colonos. Los hábitos lingüísticos prerromanos quedaron englobados en los dialectos latinos hispánicos. Otro ejemplo distinto que muestra la ineficacia de los esquemas rígidos aplicados a la lengua. Los germanos fueron los pueblos invasores, la clase dominante, la oligarquía en el lenguaje de hoy. Pues bien, en la mayoría de los territorios ocupados, no impusieron su lengua. Adaptaron la lengua de los vencidos.

Todas las lenguas son penetrables y por tanto transformables en otras. Por varias razones. La primera, porque todas están basadas en principios comunes. Son obra del hombre. Y el que tiene capacidad para aprender una lengua, puede aprender otra cualquiera. Pero, naturalmente, el grado de interpenetrabilidad es variadísimo. Muy fácil entre las que pertenecen a la misma familia, más

difícil al alejarse tipológicamente. Otras circunstancias intervienen en la diversidad de resultados posibles en el contacto entre lenguas. La movilidad social favorece el cambio. La inmovilidad o el aislamiento lo estanca o retarda. El emigrante modifica su lengua, porque tiene que comunicarse con otros. En el terruño, la vida sigue igual y las gentes y las dedicaciones. Por allí no pasa el tiempo. Y las huellas del paso del tiempo apenas se transparentan en el lenguaje.

En los idiolectos, como hemos visto, se refleja el modo de ser individual. En las lenguas aparece también una manera peculiar de interpretar la realidad mental o existencial. Las dedicaciones, el mundo efectivo de las distintas comunidades deja marca en el lenguaje común. Esto ha llevado a los lingüistas románticos a emparejar lengua y nación, a ver en el genio de la lengua el espíritu de la raza. Según eso, una lengua es una visión especial del mundo. Se trata de ideas sugerentes, atractivas aunque vagas, que nacen en el ambiente idealista del romanticismo alemán y que periódicamente se ponen de moda. Pero no parece fácil comprobarlas con los hechos. Lo fundamental de la lengua es, ya sabemos, la de ser un instrumento de comunicación. Las gentes, cuando por las circunstancias que sean, están próximas tienden a comunicarse entre sí, superando las barreras si existen. La dinámica lingüística se orienta en el sentido de borrar diferencias, huir de lo que nos aleja en beneficio de lo que nos une. Por eso, de los idiolectos surgen las hablas, y de la agrupación de éstas los dialectos, y de éstos las lenguas; y las lenguas en contacto pueden unificarse. Esta es la gran ley que ha regido en la intercomunicación de los individuos o de los grupos, con independencia de la raza, cultura, religión. Lengua en ciertos casos puede coincidir con nación, raza, religión. Pero, por esencia, posee una capacidad expansiva superior a ellas. Asignar rigidamente lengua a nación es racismo, y racismo implica voluntad de incomunicación.

En cuanto a la llamada forma interior de la lengua, a la lengua como visión del mundo, hay que decir que en cada momento histórico las distinciones semánticas de cada lengua suponen un particular análisis de la realidad. Pero esto no significa que hablar un idioma sea pensar de cierto modo. El pensamiento humano es libre y la lengua para expresarlo también lo es. La lengua no cohibe el pensamiento, sino que lo hace posible. Siempre se encuentran palabras para decir lo nunca dicho porque nunca se ha pensado, y si no existen, se inventan. Lo que sí sucede es que la historia material y espiritual de un pueblo es perceptible en el lenguaje que ha usado. Pero esta tradición no es un peso, porque cada cual la utiliza sólo parcialmente, de acuerdo con su capacidad. En consecuencia, el genio de la lengua se está modificando permanentemente.

La variedad de lenguas y dialectos existentes en el mundo de hoy, y la variabilidad de este cuadro a lo largo de la historia, no es más que un reflejo de la multiplicidad de situaciones en las que los grupos humanos se han constituido y perdurado. El alejamiento de los pueblos condujo al alejamiento de sus lenguas, aunque éstas inicialmente estuviesen próximas. La intercomunicación originó las grandes lenguas de cultura o su acercamiento. En el panorama lingüístico de hoy está presente, si pudiesen observarlo en profundidad, no sólo la historia de las lenguas, sino la historia de la Humanidad.